El retiro del gandul (2ºCapítulo)

Antonio Márquez

Capítulo 1

Bienvenido seáis, mi querido lector, a este rincón donde la escritura en su esencia se halla libre y no comprometida con modernidades o vetustos estilos. Dónde un servidor y nadie más escribirá para su propia complacencia y, en caso de compartir intereses, para la de usted también. Pase y disfrute de una historia. Una simple historia. Menuda y veloz, pero construida con tecla paciente y delicado esmero.

No puedo prometerle ratos agradables o terroríficos. Digo más, ni siquiera puedo prometerle que vaya a tenerlos. Pues, quizás, algún día el gandul que corona esta colección haga lo propio y cierre esta historia, como en el regreso del héroe a casa. Mientras tanto, contraeré un pacto con usted. Todo lo que lea, no será si no el producto más hondo de mi alma y mente.

Capítulo 2

"Un laberinto llamado hogar"

Capítulo I

Cuando Trevor se levantó una mañana, enmudeció. Las ventanas de la cocina aún emitían el incesante martilleo de las gotas chocando contra los cristales. La lluvia no se detuvo durante días. Como si Dios, allá en su reino, también llorase la muerte de su mujer. El cenicero aun conservaba el último cigarrillo de Clementine, impregnado con la huella de sus labios bañados en carmín. Nunca salía mas allá del porche de su casa, pero siempre maquillaba un rostro ya bello para el exigente público que habitaba su casa: muebles antiguos, alfombras con detalles egipcios y un televisor Thompson de los años noventa. Delante de esa pantalla cubierta de polvo gastaba las horas. Cigarrillo tras cigarrillo, se sumergía en una nube grisácea que la escondía a la vista de cualquiera. Quizás, eso buscaba. Esconderse, aislarse. Al fin y al cabo, hacía tiempo que perdió sus últimas amistades. El médico le diagnosticó un cuadro de ansiedad que trataba de calmar con pastillas. Durante un tiempo, al menos. Después, ni ella misma supo por qué las arrojó por el retrete. O quizás sí. Sin más, un día decidió que una dosis extra de polvos blancos para el rostro, cuatro paquetes de Marlboro y el programa de adivinanzas de las cuatro, eran suficientes. El maquillaje le devolvía unos instantes de realidad. Entre anuncio y programa, la pantalla permanecía negra unos segundos. Allí vislumbraba su reflejo blanquecino y daba una chupada a su cigarrillo como si tras ese cristal sucio hubiese un mozo apuesto mirándola por el rabillo del ojo. Era su modo de autoafirmarse. De amarse y asegurar que aún seguía ahí. Viva y bella.

Trevor pensaba en la muerte desde hacía días. En el motivo y su trascendencia. "Debe existir un plan. Para todos nosotros. Debe haberlo", se decía. Divisó desde la cocina el último cigarrillo de su mujer en el cenicero, aun con la ceniza uniforme colgando de su filtro anaranjado. No pudo terminarlo. "En fin", pensó Trevor mientras abría el grifo y colocaba bajo el agua fría el cuchillo aún empapado en sangre.

Capítulo 3

"Un laberinto llamado hogar"

Un ataúd blanco marfil, tan brillante que reflejaba hasta las lágrimas de los presentes que miraban desde las alturas. Festival de olor a clavel y dedicatorias que en vida nunca escuchó. El cántico de los cuervos desmoronaba el semblante de los presentes, aunque algunos dirían que su cometido no era hundir el ánimo, si no guiar el alma allá donde mereciera.

Trevor miraba a cada lado. Lo flanqueaba una señora encorvada cuyo rostro ocultaba con un largo velo negro. No dijo nada en los cuarenta y cinco minutos que el Padre Adostes dedicó a la difunta.

-Ellos no mienten-. Murmuró la mujer, mirando a Trevor a través de la tela oscura.

Los allí presentes comenzaron a marcharse, uno detrás de otro hasta que solo Trevor y la anciana permanecieron quietos ante el ataúd. El sonido de las gotas de lluvia que caían sobre la madera le recordaba cómo había llegado hasta ahí. El martilleo acusador le inquietaba a cada gota y la anciana no apartaba la vista del muerto. El sudor frío de Trevor comenzó a mezclarse con la lluvia que impactaba en su pelo negro. Su saliva se acumulaba y tragar se había convertido en la única forma de calmar su nervioso semblante. La anciana carraspeó y escupió regurgitando sobre la hierba mojada.

-Nadie va a descansar hoy. Los cuervos lo dicen.

...

Al volver a casa, Trevor cerró la puerta tras de sí y divisó el sillón donde Clementine devoraba la pantalla empolvada del Thomson. Aún olía a humo de cigarrillo en el salón. Esa misma tarde, decidió darle otra vida a la casa: cambiar las ahumadas cortinas, mover el sofá y el sillón de Clementine y tirar a la basura el cenicero. Pero aún había algo que le recordaba a su difunta mujer. Algo que procuraba su presencia como una estela invisible que se deslizaba de rincón a rincón. Era ese enviciado televisor del que no se despegaba. Lo agarró con fuerza y lo dejó al lado de la puerta de entrada para tirarlo al contenedor caída la noche. Colocó varios troncos en la chimenea, y ayudándose de un encendedor y varias páginas del periódico, encendió un fuego. La noche ya había caído sobre el

techo de esa casa, y la fogata le concedió una calidez olvidada al lugar. Arrastró el sillón de Clementine hasta el punto en que se calentaran los dedos de sus pies. Tomó asiento y movió el trasero para acomodar el cojín donde su mujer había pasado los últimos años. Borrar la última huella de Clementine le produjo cierto placer. Siempre le violentó que ella usara solo ese sillón. El favorito de Trevor. A la misma distancia de la cocina que del baño. Ahora era solo para él. Cogió su libro y antes de decidir si leer el prólogo o no, el teléfono sonó.

-¿Si?
-¿Se puede poner Clementine?-. Dijo una voz aniñada.
-Ella ya no vive aquí. Por favor, no vuelva a llamar. Es tarde.

Trevor colgó. Permaneció unos instantes parado, con el teléfono aun en la mano, mirando por la ventana. Una broma, fue lo primero que barajó y tratándolo como tal, volvió a sentarse con su libro en la mano. "El cuervo" de Edgar Allan Poe. Su psicología siempre le fascinó. Abrió la tapa y comenzó a leer:

"Una vez, en la lúgubre media noche, mientras meditaba débil y fatigado sobre un curioso y extraño volumen de una olvidada doctrina, mientras cabeceaba, soñoliento, algo sonó, como el rumor de alguien llamando…"

En ese instante, levantó la cabeza del libro. Mirando las sombras de las llamas que danzaban en las paredes, no pudo evitar la irremediable comparación. Un momento eterno en la sombría noche transcurrió cuando, de pronto, el teléfono volvió a sonar.

-¿Si?-. Contestó trémulo.
-¿Se puede poner Clementine?

Una respiración pronunciada se oía al otro lado. Lenta y sosegada, pero con golpes de aire profundos. Como el suspiro que alivia el alma tras un sobresalto. Trevor permaneció callado, expectante de algo que no estaba seguro de querer descubrir. El pavor comenzó a salir despedido a través de los diminutos agujeros del micrófono, atrapándolo en sus afiladas garras de desconcierto, y no pudo sino colgar el teléfono en el silencio más violento. "Yo la maté" pensó mientras seguía con sus ojos las líneas de su mano derecha.

-¡Clementine!-. Gritó en la oquedad.

El mortecino ambiente de silencio fue interrumpido por una tímida lluvia primero, pero intensa después, que golpeaba el cristal de las ventanas. El reflejo de un trueno iluminó toda la estancia y como si de un sueño se tratase, el sonido difuminado de unos pasos en el porche se deslizó por el lugar. El crujir de la madera cesó y dos golpes súbitos se oyeron en la puerta. Trevor palideció. "¡Clementine!" gritaban sus temblorosas entrañas.

-¿Quién es?-. Titubeó.

Dos golpes, ahora más pronunciados, ignoraron el interrogante. Una figura opaca apareció de pronto tras el cristal de la ventana. Se mantuvo ahí unos segundos, bajo el techo del porche. Identificarlo no era posible. Cubría su rostro bajo una capucha de pico afilado. Tan solo el contorno flaco de sus hombros era distinguible. Trevor tragó mirando fijamente a la figura de la ventana y, aún con la mano en el teléfono dio un sobresalto que le hizo caer al suelo. Volvió a sonar. Con las palmas apoyadas en el suelo, vigilaba que la figura no se moviera. Solo podía imaginar algo peor que ver a una figura oscura y vigilante tras el cristal, y era no verla. Saber que está, pero no dónde. El teléfono continuaba sonando. La lluvía golpeaba impetuosa la casa. La figura vigilaba. Y, de pronto, el sonido del teléfono se convirtió en el mero residuo de una campana agonizante. En perfecta sintonía, el teléfono dejó de sonar y la lluvia se disipó. Pero lo que hizo que el corazón de Trevor dejase de latir unos instantes fue la figura. Había desparecido. Nada quedaba, solo el silencio amenazante. En el suelo, Trevor suspiraba con vehemencia. No quería moverse. Había descubierto cierta seguridad en la posición en la que se encontraba. Temía que cualquier movimiento hiciera volver a la sombra.

El reloj de la chimenea marcaba las cuatro de la mañana. Habían pasado tres horas y Trevor seguía en el suelo. Quiso entonces llamar a la policía. Contar que alguien rondaba su casa. Que se sentía amenazado, pero temía descolgar el teléfono y descubrir al otro lado esa dulce voz aniñada que preguntaba desvaríos. Decidió retomar su lectura, ver si eso podía ayudarle a conciliar el sueño. Pasar la página de esa noche como las del libro que ahora estudiaba.

"…Señor, o señora, les pido en verdad perdón; pero lo cierto es que me adormecí y habéis llamado tan suavemente y tan débilmente habéis llamado a la puerta de mi habitación que no estaba realmente seguro de haberos oído". Abrí la puerta. Oscuridad."

Sus ojos se levantaron de la hoja. Tras leer ese pasaje, sentado en el sillón de Clementine, sintió una profunda envidia. Y una tímida curiosidad

desde el respeto temeroso. Trevor se levantó y fue a la cocina a prepararse un té de azahar. Desde que decidió que lo mejor para su vida era privar a su mujer de la suya, no conseguía descansar y solo esas hierbas calmaban sus ideas. Derramó el agua hirviendo en una taza, introdujo dos pequeñas bolsas y acercó su nariz al vapor que flotaba. De repente, un estridente sonido rompió la calma del salón e hizo que Trevor dejase caer la taza. El teléfono sonaba de nuevo.